

Aproximación sociológica al problema de Gibraltar

Para entender el problema de Gibraltar es imprescindible considerar su relación con el Campo de Gibraltar. Así se llama la zona que circunda a la Colonia y que en 1991 alcanzaba una población de 223.843 habitantes, frente a los 28.074 de la Roca. Esta tiene una extensión de 5,8 kilómetros cuadrados y aquella de 1.902, distribuidos entre los municipios de Algeciras, La Línea, Los Barrios, San Roque, Tarifa, limeña de la Frontera y Castellar de la Frontera. Antes de la caída de Gibraltar en manos inglesas solamente existían los tres últimos, que son los menos poblados. Tres de los cuatro restantes fueron creados en el siglo XVIII y La Línea fue erigida como municipio en 1870. Nacido en ella, me propongo aportar mi percepción de lo que se piensa, siente y dice en el Campo de Gibraltar.

La permanente reivindicación española de la plaza, por medios bélicos en el siglo XVIII y luego pacíficamente, ha hecho casi olvidar que desde el primer momento se formó allí un problema humano de gran envergadura. Como consecuencia de él se impone que nos ocupemos tanto del desarrollo socioeconómico de la comarca como de las

**SALUSTIANO
DEL CAMPO***

**«La permanente
reivindicación
española de la plaza,
por medios bélicos en
el siglo XVIII y luego
pacíficamente, ha
hecho casi olvidar que
desde el primer
momento se formó allí
un problema humano
de gran envergadura.»**

*Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense. Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

relaciones existentes y futuras entre las poblaciones de Gibraltar y de su Campo. Ambos aspectos constituyen una segunda vertiente del problema general, que es insoslayable si se quiere estar a la altura del tiempo en el que vivimos y absolutamente imprescindible para solucionarlo.

El cierre de la cancela el 8 de junio de 1969 cortó radicalmente las relaciones personales directas entre los gibraltareños y los campogibraltareños, el Plan de Desarrollo del Campo de Gibraltar nunca produjo la totalidad de los efectos deseados y los puestos de trabajo que se crearon sobre el papel fueron muchísimos más que los efectivos, lo mismo que los fondos invertidos.


Una vez más la población del Campo de Gibraltar padeció las consecuencias de una política de Estado. Entre 1960 y 1970 La Línea de la Concepción perdió más de 7.000 habitantes, aproximadamente un 14 por ciento del total. La iniciativa de construir un provincia, que habría ayudado mucho a paliar la situación, fue abortada por la resistencia de Cádiz.

El cierre de la cancela no pudo resistir a largo plazo el cambio democrático, y la explosión de deseos que caracterizó a nuestra transición política acabó desembocando en el repudio total del inhumano espectáculo de parientes y amigos hablándose a gritos desde lejos, que a principios de los años ochenta era ya lo único que quedaba de lo que dos décadas atrás fue una política.

A este estado de cosas quiso poner fin el Acuerdo de Lisboa de 1980, que fue más que nada la expresión simbólica de la impotencia de España en ese momento, porque en la práctica la cancela no se abrió, ni siquiera después de la visita del Presidente Calvo-Sotelo con su Ministro Pérez Llorca a la Premier Margaret Thatcher. La claudicación incondicional vino con el primer gobierno socialista, que abrió la cancela peatonalmente el 15 de diciembre de 1982 y al tráfico rodado el 15 de febrero de 1985, tras la firma por el Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Moran, del Acuerdo Bruselas por el que España admitió nuevamente que Gran Bretaña incluyera una mención relativa a respetar los "deseos" de los gibraltareños sin hacer referencia a sus intereses en contra de la que había sido nuestra postura hasta el momento, a cambiode que en el futuro se pudieran discutir "cuestiones de soberanía".

El primer y notorio efecto de la apertura de la cancela en tan imprecisas condiciones fue el restablecimiento en breve plazo del

«El primer y notorio efecto de la apertura de la cancela en tan imprecisas condiciones fue el restablecimiento en breve plazo del tradicional y dañino desequilibrio que había enseñoreado durante más de un siglo y medio las relaciones entre Gibraltar y su Campo.»



tradicional y dañino desequilibrio que había enseñoreado durante más de un siglo y medio las relaciones entre Gibraltar y su Campo. Y esto a pesar de que durante el período de cierre se había producido el auge económico de la Costa del Sol y algo más tarde la preeminencia del Puerto de Algeciras, a la vez que Gibraltar había dejado de ser la principal fuente de empleo para el Campo de Gibraltar y en especial para La Línea.

En 1987, y ante la necesidad de aprobar una reordenación de los aeropuertos dentro de la entonces comunidad Europea, se firmó un acuerdo sobre el Aeropuerto de Gibraltar, confuso pero no del todo perjudicial para los intereses del Campo de Gibraltar, que fue vetado por la Asamblea de la colonia, en consonancia con los inveterados propósitos de Gran Bretaña de convertirla en una tercera parte con título pleno en el contencioso hispanobritánico.

Esta falta de avance se ha topado recientemente con la necesidad de definir las fronteras exteriores de la Unión Europea y aplicar las medidas del Acuerdo Schengen y la experiencia parece haber enseñado al gobierno de España que ceder con tanta facilidad no conduce a ningún resultado.

Mientras tanto, la situación en el Campo de Gibraltar se ha degradado incluso más allá de lo que los pesimistas profetizaban. Los británicos, a través de los gibraltareños, han finiquitado las pensiones ganadas por los campogibraltareños que habían trabajado en Gibraltar, pese a que antes las habían garantizado formalmente; los habitantes de la colonia contaminan el aire de la comarca con los residuos de su incineradora, por lo que han sido denunciados en Bruselas; la playas de la Bahía de Algeciras amanecen con frecuencia ensuciadas por las basuras arrojadas al mar desde Gibraltar; el contrabando se ha convertido en una gigantesca defraudación a nuestro fisco y en un degradante espectáculo ejecutado a la luz del día, con la tristísima consecuencia de que algunos de los más pobres de La Línea, que es la ciudad más abandonada de la zona, desafián abiertamente a las fuerzas españolas de vigilancia aduanera y, en fin, la altanería preside las relaciones de las autoridades de Gibraltar con las del Campo.

Esto desespera naturalmente a cuantos reconocen que solucionar los problemas sociales y humanos de la comarca, mediante el desarrollo económico, está muy a mano de un país con treinta y nueve millones de habitantes y la riqueza del nuestro. Piénsese que una igualación del nivel de vida equivalente a la conseguida en un quinquenio por Alemania Occidental en la antigua Alemania del Este

«Esta falta de avance se ha topado recientemente con la necesidad de definir las fronteras exteriores de la Unión Europea y aplicar las medidas del Acuerdo Schengen y la experiencia parece haber enseñado al gobierno de España que ceder con tanta facilidad no conduce a ningún resultado.»



equivaldría, en nuestras condiciones, a elevar la renta per capita de toda Andalucía hasta la media nacional, mientras que lograr lo mismo en el Campo de Gibraltar precisaría un esfuerzo cuarenta veces menor.

Por otra parte, el Gobierno ha desmontado todas las estructuras políticas capaces de responder in situ al reto que plantea la existencia de una colonia británica en suelo español. Los ingleses, por encima de la Constitución que en 1969 otorgaron a Gibraltar, han mantenido el poder único y supremo del Gobernador Militar como representante de la Reina. En el Campo de Gibraltar, en cambio, una vez suprimidas las atribuciones civiles del Gobernador Militar, nunca se dio el paso siguiente de establecer un órgano de gobierno civil. La actualmente fracasada Mancomunidad de municipios del Campo de Gibraltar fue concebida en su día como un torpe sucedáneo para satisfacer esta necesidad.

El estancamiento de la situación no produce otra cosa que temor ante el futuro. Todas las poblaciones implicadas, incluida la de Gibraltar, sienten la frustración de que nadie tenga capacidad para poner en marcha, o promover, planes de desarrollo largamente esperados para conseguir la prosperidad que tan cercana parece algunas veces y siempre se aleja por una u otra causa. El pavor lo sienten los campogibraltareses y también los gibraltareños, muchos de los cuales desconfían de las ideas delirantes y de las tácticas desafortunadas de su Primer Ministro, Joe Bossano.

Gibraltar no se parece a Monaco, sino a Guantánamo y no se gobierna autónomamente, porque la reserva de poderes a favor del Gobernador Militar es plena y la metrópoli menosprecia el autogobierno de la Roca, como se ha hecho patente desde Noviembre de 1994 cuando el Ministro Hurd amenazó con la asunción del mando directo (direct rule) si no se cumplimentaban sus instrucciones.

El actual gobierno gibraltareño pretende, siguiendo las directrices que le señala la metrópoli, desdibujar el carácter y la importancia militar de la base naval, pero esto es simplemente un engaño más. La base está siendo utilizada por los británicos para beneficio de la NATO y en detrimento de lo que España puede contribuir a esa organización, de la cual somos también miembros. Ha llegado el momento de que se discuta abiertamente entre los dos países ésta, que es indudablemente la más trascendental de las "cuestiones de soberanía" previstas en el Acuerdo de Bruselas.

«La situación en el Campo de Gibraltar se ha degradado incluso más allá de lo que los pesimistas profetizaban. Los británicos, a través de los gibraltareños, han finiquitado las pensiones ganadas por los campogibraltareses que habían trabajado en Gibraltar, pese a que antes las habían garantizado formalmente; los habitantes de la colonia contaminan el aire de la comarca con los residuos de su incineradora, por lo que han sido denunciados en Bruselas; las playas de la Bahía de Algeciras amanecen con frecuencia ensuciadas por las basuras arrojadas al mar desde Gibraltar; el contrabando se ha convertido en una gigantesca defraudación a nuestro fisco y en un degradante espectáculo ejecutado a la luz del día.»



Siendo tan reducido el territorio de la colonia, la aspiración del gobierno de Gibraltar de organizar una economía ajena a la militar necesita la colaboración del Campo de Gibraltar, obtenida de buen grado, por presiones irresistibles o a través de una política de hechos consumados. En su reciente visita a Madrid, Douglas Hurd se ha reído públicamente de todos nosotros afirmando que "España debe ser la principal interesada en que Gibraltar sea próspero". Rebus sic stantibus, ¿a santo de qué y por qué con preferencia al Campo de Gibraltar o a una cualquiera de sus ciudades?, pregunto. El resultado de la misión imposible de lograr una economía floreciente a costa de lo que sea es el parasitismo abusivo de Gibraltar, que se expresa en el contrabando, en el blanqueo de dinero y en otras prácticas igualmente perjudiciales para la economía del Campo de Gibraltar, aunque todo esto no sea nada nuevo en la comarca, porque ante de 1969 había en la Roca una escala de salarios discriminatoria según se fuera inglés, gibraltareño o español y a los españoles se los expulsaba de la plaza por orden ejecutiva del Gobernador y sin posibilidad de interponer recurso ante ningún Tribunal.

Cualquier subordinación de iure o de facto, y no digamos una colonización más o menos encubierta, es absolutamente rechazable. El peregrinaje en años recientes de los políticos campo-gibraltareños, a fin de obtener del Primer Ministro de Gibraltar soporte económico para el desarrollo, ha hecho que la comarca haya regresado ya a las andadas de la asimetría y de la sumisión, contradiciendo la premisa fundamental de que, sólo en términos de igualdad estricta y con conocimiento de lo que cada parte puede aportar y de los respectivos beneficios previsibles, se podrá conseguir una verdadera cooperación entre Gibraltar y los siete municipios del Campo.

El proceso para la descolonización de Gibraltar está abierto y no cabe excluir en él un giro más o menos inesperado. En un mundo en el que los israelíes y los palestinos y los británicos y los terroristas del IRA se sientan a discutir, ni Bossano ni nadie puede decir nunca jamás y lo prudente es estar dispuesto y preparado para negociar.

Ser un súbdito colonial en un territorio minúsculo dentro de una Europa libre, próspera, pacífica y destinada a unirse, no es ninguna ganga. Si se está, además, enfrentado con España, todavía menos. Para hacer negocios legales en el mundo se necesitan hoy una identificación clara y unas garantías que Gran Bretaña sola no está en condiciones de ofrecer al Peñón. La metrópoli puede ayudarle más en un momento de crisis que en situaciones de normalidad y

«La base está siendo utilizada por los británicos para beneficio de la NATO y en detrimento de lo que España puede contribuir a esa organización, de la cual somos también miembros. Ha llegado el momento de que se discuta abiertamente entre los dos países ésta, que es indudablemente la más trascendental de las "cuestiones de soberanía" previstas en el Acuerdo de Bruselas.»



nadie en Europa está dispuesto a padecer ninguna alteración seria por este motivo. El estatuto jurídico de los gibraltareños es su principal asignatura pendiente, su flanco más débil, porque no depende de su voluntad exclusivamente ni tampoco de la del Reino Unido.

La superficie de la colonia es muy reducida y sus derechos sobre las aguas o el espacio aéreo inexistente, o seriamente discutidos. Su condición de base militar, en la que se acumula de manera permanente o temporal armamento nuclear, amenaza el territorio circundante. La nueva economía que quiere Gibraltar forjar la pone a merced de la buena voluntad de los vecinos españoles. La industria turística, la banca off-shore y el comercio basado en la defraudación a nuestro fisco son insostenibles sin una avenencia formal. La actitud de Bossano de no querer hacer la más mínima concesión conlleva además unos grandes costes interiores, políticos y sociales, que a medio plazo pueden tornarse insufribles. Ningún ciudadano se permite disentir en Gibraltar de la línea oficial porque se expone a coacciones intolerables, como lo atestigua el caso del miembro de la Asamblea Cummings, y varios informes recientes ponen de manifiesto numerosas prácticas antidemocráticas del gobierno gibraltareño. Sir Joshua Hassan ha llegado a afirmar en *El País* que el caso de Bossano es uno más de un gobernante elegido democráticamente que se transforma en dictador cuando ejerce el poder.

Pese a todo, hay muchos gibraltareños bien informados, inteligentes y razonables, que tienen asumido que si no es entendiéndose con el Campo de Gibraltar no hay viabilidad para la Roca. Encuestas realizadas por periódicos y revistas gibraltareños prueban que, frente a la postura adoptada por su gobierno, por lo menos el 64 por ciento de los gibraltareños desean que Gibraltar vuelva a estar presente en las conversaciones con España, aunque en ellas se planteen temas de soberanía.

Resumiendo, creo que no hay una sola población directamente afectada por el problema de Gibraltar, sino ocho, la de Gibraltar y la de cada uno de los siete municipios del Campo de Gibraltar; estas poblaciones deben establecer unos vínculos de intensa cooperación en todos los órdenes, pero sin subordinación de unas a otras, ni parasitismo de nadie, porque sus activos propios son complementarios. Para que esto se haga realidad es conveniente la creación inmediata de una organización político-administrativa, suficiente y autónoma, del Campo de Gibraltar y que, como resultado de un acuerdo, definitivo y garantizado internacionalmente entre España y Gran Bretaña, los gibraltareños disfruten de un estatuto jurídico que no sea el de subditos coloniales

«El peregrinaje en años recientes de los políticos campogibraltareños, a fin de obtener del Primer Ministro de Gibraltar soporte económico para el desarrollo, ha hecho que la comarca haya regresado ya a las andadas de la asimetría y de la sumisión, contradiciendo la premisa fundamental de que, sólo en términos de igualdad estricta y con conocimiento de lo que cada parte puede aportar y de los respectivos beneficios previsibles, se podrá conseguir una verdadera cooperación entre Gibraltar y los siete municipios del Campo.»



de ninguna metrópoli y puedan decidir legalmente y en términos de igualdad su colaboración con el Campo de Gibraltar.